

## COMENTARIO A LA LITURGIA DEL DOMINGO

*DOMINGO II DE PASCUA (A):  
"A los ocho días, se les apareció Jesús"*

No fue la Iglesia, sino el mismo Señor quien escogió el domingo como "día de encuentro con los suyos". El mismo Resucitado inauguró así el primer signo que distingue a los cristianos: "reunirse cada domingo para encontrarse juntos con el Señor". Aquellos primeros discípulos estaban cerrados al mundo exterior, porque tenían miedo. Les faltaba coraje y valentía, porque estaban bajo el impacto bochornoso de la cruz. Todavía no habían experimentado la alegría de la resurrección; ni tenían la fuerza del Espíritu para transmitirla. Pero el Señor cumplió su promesa de volver para darles la alegría que nadie les podría ya quitar; para darles el Espíritu, como fruto de su entrega. Y así, al anochecer de aquel primer domingo, entró Jesús donde se encontraban, se puso en medio y les dijo: "Paz a vosotros". Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: "Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo". Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo, a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos". Sí, como Él fue enviado por el Padre con el poder del Espíritu, para reunir a los hijos de Dios que el pecado dispersó, así puede ahora enviar a los suyos con la fuerza del Espíritu, para continuar su misión. Son ellos ahora el germen de una humanidad nueva, nacida de un nuevo aliento de Dios; son ellos el fermento de aquella comunión que el pecado destrozó; son ellos los portadores de esa alegría que disipa todos los temores y que ya nadie podrá apagar...

Tomás, que no estuvo con ellos reunido, se lo perdió. Por eso seguía en su ceguera, incapaz de compartir la alegría de los que le insistían: "Hemos visto al Señor". No, él no había acudido. Y, por eso, seguía influido todavía por los criterios del mundo: no admitir más de lo que sus manos alcanzasen a tocar. Como tantos otros discípulos que dejan de acudir el domingo al encuentro del Señor y terminan por creer sólo en las posibilidades del hombre, al margen ya de las de Dios... Pero el Señor tiene paciencia y vuelve a ofrecer la ocasión al domingo siguiente... Esta vez, estaba Tomás, para darle la lección. No sólo a él, sino a nosotros también: Llegó Jesús, se puso en medio y saludó: "Paz a vosotros". Luego, dijo a Tomás: "Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente". Contestó al fin Tomás: "¡Señor mío y Dios mío!". Pero Jesús le advirtió: "¿Por qué me has visto has creído? ¡Dichosos los que crean sin haber visto!". Sí, hermanos, el encuentro con el Señor cada domingo, junto a los demás, es el sostén de la fe y de la vida cristiana. No, el Señor Jesús no viene a solas. No quiere que cada uno sea cristiano por su cuenta. Nos quiere reunidos, formando su familia, el pueblo nuevo de Dios. Y nos quiere así, para poder confiarnos a todos la misión de congregar; la tarea de hacer comunión en su mismo Espíritu; la misma que él recibió del Padre...

Es así como nos lo describe hoy el Libro de los Hechos. Esos rasgos esenciales de la comunidad que, desde el principio, el Resucitado se empeña en edificar; eso que ensayamos de un modo más denso en la misa de cada domingo: Los hermanos eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones. Era esa la fuente de su identidad como Iglesia de Jesús en medio del mundo, porque sigue diciendo: Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno... celebraban la fracción del pan alabando a Dios con alegría y de todo corazón; eran bien vistos de todo el pueblo y día tras día el Señor iba agregando al grupo los que se iban a salvar. Es importante tener siempre presente cuál es el ideal y ser asiduos en el empeño...

Un empeño que es el mismo por el que el Señor nos convoca cada domingo, sin faltar a la cita. Para que, como nos dice hoy Pedro en la segunda lectura: nos alegremos con un gozo inefable y transfigurados, alcancemos así la meta de nuestra fe, nuestra propia esperanza.